



Independencia. 200 años

Boletín de la BCN

130



BICENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA

Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación. -- Año 1, n.º 1 (1918)-
Año 11 (1929) ; 2.ª época, Año 1, n.º 1 (mayo 1932)-Año 2, n.º 6 (oct.1934) ;
[3.ª época, n.º 1 (sept./oct. 1934)- . -- Buenos Aires : Biblioteca del
Congreso de la Nación, 1918- .
v. ; 25 cm.

ISSN 0004-1009.

1. Biblioteca del Congreso - Argentina - Publicaciones Periódicas. I. Biblioteca
del Congreso.

Independencia. 200 años

Boletín de la BCN 130

ILUSTRACIÓN

Independencias, Natalia Martínez y Mónica Bohl (2016)

DIRECTOR RESPONSABLE

Alejandro Lorenzo César Santa

COMPILADORES

Marta Palchevich y Ana Laura Rivara

DISEÑO, COMPAGINACIÓN Y CORRECCIÓN

Subdirección Editorial

IMPRESIÓN

Dirección Servicios Complementarios

Alsina 1835, 4.º piso. CABA

Las opiniones, ideas, doctrinas, conceptos y hechos aquí
expuestos, son de exclusiva responsabilidad de los autores.

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2016

Av. Rivadavia 1850, 3.º piso. CABA

Registro DNDA N.º 5285911

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Septiembre 2016

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

ISSN 0004-1009

El bicentenario 2016: apostillas sobre la “segunda y definitiva independencia”

Omar Acha

En este escrito exploraré una clave interpretativa que circula, sobre todo en sectores genéricamente llamados “de izquierdas”, sobre el bicentenario de la independencia argentina. Me refiero a la noción de una “segunda y definitiva independencia”, según la cual tanto en los países particulares como en todo el subcontinente latinoamericano se requiere realizar una emancipación solo parcialmente iniciada con las rupturas coloniales de principios del siglo diecinueve.

Dar cuenta de algunos itinerarios posibles de la formación histórica de la consigna puede arrojar luz sobre las circunstancias actuales del término. Al respecto señalaré las dificultades que encuentra en tiempos de globalización acelerada. Ese contexto no decreta necesariamente su irrelevancia, aunque sí advierte los desafíos de una consigna forjada a la luz de los tiempos del nacionalismo incluso si aspiró a un alcance latinoamericano.

“LA SEGUNDA Y DEFINITIVA”: ENTRE DOS BICENTENARIOS, 2010 Y 2016

En un ensayo publicado en 2010 sobre “el bicentenario y las incertidumbres culturales de la izquierda” argumenté por qué razones –en mi opinión– regía en la cultura de izquierdas en la Argentina una carencia de revisión de la historia que la hiciera capaz de ofrecer una alternativa eficaz al relato oficial de un bicentenario conflictivo pero afirmativo y legitimador de lo existente (Acha, 2010). Por entonces la narrativa oficial que alcanzó una plasmación en los espectáculos e imágenes públicas que tuvieron lugar durante la semana de mayo de 2010 –en especial en la ciudad de Buenos Aires– conducía a afirmar una realidad presente. Puesto que no es posible realizar aquí una reconstrucción de las ideas históricas vigentes en 2010 en el discurso estatal, me limito a recordar que en este se impuso una idea de historia discontinua, plena de antagonismos, que alcanzaba una rectificación doscientos años después de la formación de la Primera Junta. Así pues, el gobierno de Cristina Fernández coronaba positivamente un prolongado ciclo histórico caracterizado por episodios buenos (como mayo de 1810 y el primer peronismo) y malos (como el primer Centenario y la última dictadura militar).

En general opositoras al gobierno, las izquierdas insistieron en enfatizar los aspectos violentos de la historia nacional (por ejemplo, subrayando que el Centenario de 1910 tuvo lugar bajo estado de sitio y con prohibición de manifestaciones obreras, ataques a las agrupaciones de izquierda, en una sociedad roquista que entonces descansaba sobre un genocidio indígena fundacional, etcétera). El gesto en apariencia rebelde de insistir en las dimensiones represivas y conflictivas

de la historia nacional, sin embargo, no afectó en profundidad a una narrativa oficialista de corte progresista e inclusivo, donde *también* se impugnaban las experiencias represivas y se reivindicaban las de antagonismo.

La divergencia descansaba en que mientras para la imaginación histórica kirchnerista esa historia conducía a legitimar el oficialismo progresista con sus consignas de conciliación de clases y afirmación del Estado redistribuidor de una fracción de la renta extractivista, para las izquierdas pretendía revelar la necesidad de una política revolucionaria. El problema residía en que la diferenciación política no construía un concepto de historia diferente. Y por lo tanto para las izquierdas el nexo entre historia y política era poco claro.

La preponderancia oficialista era inevitable porque el gobierno peronista no solo nombraba los mismos hechos en un uso *también crítico*, sino que ofrecía una reparación *en el presente*, atributo que a las izquierdas siempre en minoría les estaba vedado. El resultado inexorable fue la endogamia y la neutralización de la supuesta radicalidad histórica izquierdista, que en ese caso –otra vez– se distinguía por la intensidad antes que por una narrativa cualitativamente diferente.

Una vez en crisis las nociones estancacionistas o dependentistas, propias del clima ideológico de las décadas de 1960 y 1970, que afirmaban la imposibilidad de reformas, y que por ende justificaban una opción revolucionaria, el progresismo nacional-popular estaba condenado al éxito en una disputa cultural con la izquierda así concebida. ¿Por qué? Sencillamente porque una opción reformista podía mostrar que hubo momentos históricos en los que el capital (diestramente regulado por un Estado progresivo) admitió, e incluso incentivó, procesos de “inclusión” e “integración” vinculados a medidas de redistribución y reconocimiento. Desde luego, el primer peronismo del periodo 1946-1955 fue el ejemplo más utilizado. Por lo demás, aquella es la razón aducida por los reformistas post-comunistas o post-trotskistas de cualquier laya para señalar que la “verdadera izquierda” es el peronismo en su versión progresista, pues es el que promueve avances “reales” para el bienestar de las mayorías.

Como fuere, este *2016 no entraña una repetición del intrínquilis de 2010*. El bicentenario 2016 encuentra a las izquierdas en un lugar diferente. Cuánto se acerca y se distancia de la condición de 2010 es tema controversial. Lo cierto es que si en 2010 no se podía mentar irresponsablemente la “revolución” y ser tomados en serio, en cambio la noción de independencia parece en principio más flexible para una apropiación por parte de las izquierdas en un sentido comprensible para las mayorías. En efecto, las izquierdas disponen de un artefacto conceptual que parece pertrecharlas para oponer una postura crítica e incluso radical, que además de inscribir un discernimiento emancipatorio a la historia pasada, la forja como la proa de un porvenir diferente: la reivindicación de una “segunda y definitiva independencia”.

Frente a una independencia de 1816 inconclusa, desviada o traicionada, arruinada o inviable –y en esos adjetivos se juegan distintas calificaciones de cuáles son los límites detectados en el acontecimiento independentista de San Miguel de Tucumán– se afirma que la Argentina se encuentra *todavía* en una

situación sometida respecto de poderes internos o externos. Por eso se requiere una “segunda” independencia.

No es que la primera independencia, la formal rubricada en un papel, fuera irrelevante o deba ser deplorada. La actitud es otra. Se trata (tal vez) de reivindicarla en su gestualidad de ruptura con una fidelidad a la corona castellana que la Revolución de Mayo no había sancionado definitivamente, pero a la vez de señalar las imposibilidades que la contenían. Esas imposibilidades pueden deberse a distintos fundamentos: el carácter embrionario de un mercado nacional, la ausencia de una burguesía con un proyecto nacional sólido, la inexistencia de una clase emancipadora, la emergencia de caudillismos particularistas, la primacía de intereses bonaerenses sin concepción federal, la conspiración de fuerzas extranjeras contra la formación de una nación vigorosa, el modo de inserción económica de la nación en ciernes en el mercado mundial con hegemonía industrial británica, etcétera.

La idea de una “segunda independencia” tiende un puente vertiginoso que recompone el inicio imperfecto de la historia nacional, captura los momentos cruciales en que se dirimieron alternativas inadecuadas a la persistente “dependencia” (puede ser la caída del régimen rosista en 1852, la afirmación del roquismo en 1880, el golpe militar anti-yrigoyenista de 1930, el inicio del gobierno peronista en 1946 o su derrocamiento en 1955, el golpe militar de 1976 o la reforma conservadora menemista de los años 1990, el inicio del ciclo kirchnerista en 2003, entre otros), y alcanza hasta nuestros días. Lo hace porque para ser eficaz, la consigna de la “segunda” emancipación supone que persistimos en una situación de subalternidad que de algún modo se prolonga desde 1816.

En el caso de las posiciones de las izquierdas, la noción de una independencia “definitiva” es la que orienta el vector hacia el futuro e introduce una radicalidad respecto del pasado. Si hasta ahora no ha sido posible una independencia “definitiva” es porque los modos de imponerla fueron inadecuados, o tal vez porque no estaban dadas las condiciones para realizarla. Se requiere por lo tanto de una nueva y desconocida práctica del independizarse, una orientación diferente a las que en el pasado condujeron al fracaso o a la derrota, y condenaron al país a la perseverancia en su situación subordinada.

¿Cómo se entiende el carácter *definitivo*? Allí se encuentra la encrucijada en la que las opciones de izquierda en competencia avanzan por caminos diferentes. En este lugar debo, en rigor, comenzar a distinguir entre las izquierdas.

Tal vez, hoy, la más extendida de ellas componga una mezcla de dimensiones nacionalistas, anti-imperialistas, latinoamericanistas y socialistas, todas urdidas por un anti-capitalismo difuso. Según esa fórmula componedora de algunos convencimientos de mediana duración en la compleja cultura de izquierdas, la “segunda y definitiva independencia” involucra una protesta contra las dominaciones colonial-imperialistas (con sus correlatos internos) que asolaron a las fuerzas populares sometidas en los proyectos de país surgidos en el inicio del siglo diecinueve, y luego reiteradas en formatos sucesivos.

HACIA UNA GENEALOGÍA DE LA IDEA

La consigna carece de un origen fácilmente rastreable. Comenzó a expandirse en los años 1970 como condensación genérica del espíritu anti *statu quo* de la época. Pero sus huellas son extensas y difusas. Nacen con el discurso anti-imperialista que alcanzó una primera madurez en los años 1920 y 1930, tanto en el nacionalismo de derecha como en las izquierdas que asumieron una versión “radicalizada” de las creencias nacionalistas. No es difícil hallar en el socialismo y el comunismo de esos decenios el avance notable de una noción de “liberación nacional” que pronto se asociaría a la “liberación social” como fórmula de transición hacia cambios profundos. Cabe señalar que la formación de un ánimo anti-imperialista y reivindicador de lo nacional-americano requiere un escenario latinoamericano. Por ejemplo, poco se comprendería de la historia cultural del anti-imperialismo si se dejara de lado al APRA peruano y a su figura mayor, Víctor Raúl Haya de la Torre.

Al respecto cabe destacar que una genealogía puramente argentina sería insuficiente. Su itinerario atravesó a las izquierdas latinoamericanas, y su difusión durante los años treinta debió mucho a las conexiones y redes del activismo en el subcontinente, tramado en exilios y viajes, circulación de libros, cartas y revistas.

Tal vez, si el rastreo del significante concreto de “segunda y definitiva” no permite reconstruir una genealogía precisa, debemos flexibilizar la pregunta e interrogar los sentidos genéricos y conceptuales. Así las cosas, la noción de una segunda independencia puede ser hallada en los primeros decenios de las repúblicas de la temprana independencia, en las que se percibió la necesidad de construir una autonomía cultural. La generación romántica argentina de 1830 supo reclamar un nuevo gesto emancipatorio respecto de la cultura española, que ya no debía ser desde la batalla de Ayacucho (1824) un apronte de tipo bélico, sino más bien ideal (hoy diríamos, “cultural”): Juan Bautista Alberdi y Esteban Echeverría plantearon el proyecto de una “revolución de las ideas” o de una “filosofía nacional”. Sin embargo, tales antecedentes debieron esperar hasta fines del siglo diecinueve para prosperar en los rasgos anti-imperialistas y latinoamericanistas que todavía persisten en el discurso de las izquierdas. Se supone que el nombre decisivo en su enunciación fue el de José Martí en 1889. La ocasión fue la crónica escrita para el diario *La Nación* de Buenos Aires sobre un congreso interamericano reunido en Washington.

El publicista cubano no habló sin embargo de una independencia “segunda y definitiva”. Lo que exactamente escribió a propósito de las tensiones que algunas representaciones latinoamericanas (entre ellas la argentina en representación del gobierno de Juárez Celman) expresaron ante el ánimo dirigente reclamado la delegación estadounidense fue: “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia” (Martí, 1889).

No es difícil percibir los desplazamientos operados en el uso posterior de la frase de Martí. No solo se ha añadido la idea de una independencia “definitiva” (acorde con la fantasía de una esencia por fin liberada, de una vez y para siempre). También se ha transformado la “América española” en un conglomerado heterogéneo definido más bien por su presunto ánimo “anti-imperialista”.

Con razón se ha subrayado la importancia del “revisionismo histórico” de la década de 1930 en la fortuna de la divisoria entre países dominantes y países dominados como clave para interpretar tanto el presente como el pasado. Así, el breve libro de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*, de 1934, constituye un parteaguas cultural y político donde el denuesto dirigido a la “historia oficial”, calificada como “liberal”, hacía sistema con el rechazo de la “oligarquía”. Esa comprensión de la realidad nacional e internacional fue exitosa y se extendió en todas las ideologías, incluso en unas izquierdas que, sobre todo después de 1955, fueron las más eficaces difusoras de ideas similares en el marco de un genérico “revisionismo histórico de izquierda” (con nombres como Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde, para mencionar a los más conocidos). Usualmente las lecturas de historia intelectual suelen oscilar entre destacar lo que articuló o lo que distanció a cada sector o autor del segundo revisionismo. Con otras inflexiones, entre las que se cuenta la recepción del marxismo y una mirada más “plebeya” de lo nacional, las diferencias interpretativas se organizan a partir de si insisten en las continuidades o rupturas entre los revisionismos de los años treinta y los de los años sesenta/setenta. La dimensión latinoamericana no es evidente en los distintos revisionismos, ciertamente no en los propios de los años treinta, y se extiende con mayor claridad en los años sesenta, época de redescubrimiento de América Latina, particularmente luego de los exilios políticos habituales en la época.

Pues bien, si ese podría ser un itinerario del término aquí analizado, interesa subrayar que también puede hallarse un archivo de anticipaciones en la cultura de izquierdas, incluso antes de los años treinta. Para limitarse únicamente a los antecedentes argentinos, haré referencia a la filiación que se puede seguir desde la actuación de José Ingenieros y la Unión Latino Americana creada en los años veinte, al calor de los efectos movilizadores que generaron tanto la Reforma Universitaria de 1918 como la repercusión de la Revolución rusa, temas que confluieron con las consecuencias locales de la Revolución mexicana. Justamente, a propósito de la visita a la Argentina del escritor y político mexicano José Vasconcelos en 1925, Ingenieros pronunció un discurso en el marco de la organización Unión Latino Americana. Entonces dijo lo siguiente:

Se trata, para los pueblos de la América Latina, de un caso de verdadera y simple defensa nacional, aunque a menudo lo ignoren u oculten muchos de sus gobernantes. El capitalismo norteamericano quiere captar las fuentes de nuestras riquezas nacionales y asegurarse su contralor, con derecho de intervención para proteger los capitales que radica y garantizar los intereses de los prestamistas. Es ilusorio que,

entretanto, nos dejen una independencia política, cada vez más nominal. Mientras un Estado extranjero tenga, expresa o subrepticamente, el derecho de intervención, la independencia política no es efectiva; mientras se niegue a reconocer todo gobierno que no secunde su política de privilegio y de absorción, atenta contra la soberanía nacional; mientras no demuestre con hechos que renuncia a semejante política, no puede ser mirado como un país amigo (Ingenieros, 1925).

Puede observarse que la presencia de un peligro de dominio externo todavía no supone una demanda de independencia. Existe una independencia política “nominal”, que no es “efectiva” mientras no se garantice la soberanía nacional en términos económicos.

En el editorial de la revista *Renovación*, devenida órgano de la Unión Latino Americana, se publicó también en 1925 un texto originado en la pluma de Ingenieros que sostenía, diferenciándose de los proyectos ibero e hispanoamericanos, el alcance continental y no intercontinental de la Unión. Sin embargo, no planteó allí un antagonismo con el pueblo norteamericano (aunque sí respecto del imperialismo y “Wall Street”) y afirmó, en cambio, la solidaridad mundial entre los pueblos oprimidos. En América Latina, concluyó, se auspicia una unión política entre sus naciones “porque ellas constituyen, en realidad, un solo pueblo, fraccionado en distintas soberanías”. Por entonces otro escritor vinculado con la misma entidad, el socialista Alfredo Palacios, mentaba a “Nuestra América” y solicitaba a la juventud el impulso para lograr la “independencia espiritual”. Palacios sostuvo una prolongada actitud contraria al panamericanismo y la Doctrina Monroe. Tres décadas más tarde todavía interpretaba el derrocamiento del gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala (1954) como una expresión del peligro norteamericano frente al que se alzaba la unidad latinoamericana. En ese marco se inclinó a saludar el acontecimiento de la Revolución cubana (Palacios, 1961). Como sea que fuere, en esta línea de argumentación no se advierte la consolidación de un reclamo de independencia “definitiva”.

Continuando con la clave argentina, sería útil explorar hasta qué punto el propio nacionalismo peronista contribuyó, a su modo, en la gestación de la consigna. El 9 de julio de 1947 el entonces presidente Juan D. Perón proclamó en San Miguel de Tucumán la “independencia económica”, la que completaba la emancipación política. Incluso desde la intelectualidad peronista se habló de una “segunda independencia”, tal como lo proclamó un libro de divulgación de Adolfo Diez Gómez (1948). Sin embargo, en este peronismo inicial no estaba presente la veta anticapitalista que se puede hallar en la izquierda peronista de los años setenta. En efecto, para un peronista ortodoxo como Diez Gómez, la segunda independencia se había logrado perfectamente en el capitalismo bueno que, según creía, Perón consiguió domesticar. No obstante se trata de una expresión que no fructificó en una revista como *De Frente* (animada por John William Cooke), tal vez la más apta para incorporar motivos independentistas. Luego de 1955 esa línea pudo haber convergido con el anti-imperialismo en las versiones peronistas de izquierda.

Como sea, es claro que en oportunidad del sesquicentenario de la declaración de la independencia, en 1966, el término aquí analizado no estaba instalado. Para verlo basta con revisar la publicación de la fracción de izquierdas mejor predispuesta a emplearla dada su concepción “etapista” (esto es, gradualista) de la historia, el Partido Comunista.¹ Para el PCA la reivindicación de una nueva independencia continuaba integrada a la estrategia de una “revolución agraria y anti-imperialista” definida a fines de la década de 1920 y que solo se modificaría a mediados del decenio de 1980.

Lo cierto es que atravesado el meridiano del siglo veinte, acontecida la Revolución cubana que hizo concebible un horizonte socialista en América Latina, se expandió como reguero de pólvora otra noción que preparó la difusión de la “segunda y definitiva”. Me refiero al concepto de “liberación nacional y social”. También con antecedentes en la entreguerra del siglo veinte, devino un término decididamente sesentista y setentista. No dio paso a la noción de “segunda y definitiva independencia” sino hasta los años calientes que rodearon al regreso de Perón al país en 1973. Las izquierdas, incluida la peronista, adoptaron la fórmula pues parecía abrir un sendero para ir más allá de la recomposición de un país burgués donde las “banderas” del peronismo del 45 parecían insuficientes. Por ejemplo, en los inicios de la década de 1970 el Ejército Revolucionario del Pueblo en la Argentina, inspirándose en la palabra de Ernesto “Che” Guevara y una adhesión al indoamericanismo, convocó a la realización de una “segunda y definitiva independencia” como inequívoco sinónimo de revolución socialista inmediata (Santucho, 1974: 12).

¿ES “LA SEGUNDA Y DEFINITIVA” UN SIGNIFICANTE VACÍO?

Fue tal vez el filósofo argentino Arturo Andrés Roig quien formuló la opinión más articulada de la “segunda independencia”². Con un periplo inaugurado en referencia a las exigencias de una cultura autóctona con los románticos argentinos de 1830, continuando con las demandas de una nueva independencia por parte Martí en 1889, transitando el siglo veinte por expresiones de Manuel Ugarte, Julio César Sandino, Ernesto Guevara y la Revolución cubana, la teoría de la dependencia y el ciclo de “gobiernos progresistas” cuya figura más emblemática

¹ Por ejemplo Marianetti, B., Paso, L., Ferrer, D. y Lombardi, M. C., *Argentina 1816*, Buenos Aires, Cartago, 1966. Sobre el dividido Partido Socialista y el PCA frente a los sesquicentenarios de 1960 y 1966, ver García Moral, M. E. (2015).

² Roig (2002), reescrito para tiempos de la Sudamérica de Chávez y Evo Morales en Roig (2007). Una utilización parecida, pero centrada en la Revolución cubana como faro del segundo independentismo, en Fernández Retamar (2006). Este escribe por ejemplo: “Desde ese momento [se refiere a Martí. OA] hasta hoy ha habido varios intentos en nuestra América por hacer realidad esa segunda independencia. Tal fue el caso de la Revolución Mexicana de 1910; y también el proceso de afirmación nacionalista que se vivió en Guatemala entre 1944 y 1954. Este último, que fue aplastado por una invasión mercenaria enviada por el gobierno de turno en Estados Unidos, puede considerarse el antecedente inmediato de la Revolución Cubana de 1959” (2006: 63-64).

fue Hugo Chávez, Roig cierra un círculo en el que la demanda de “segunda y definitiva independencia” funciona como cifra histórica y política.

En la coyuntura latinoamericana actual, la consigna es de uso frecuente en los remanentes del ciclo de los “gobiernos progresistas” de inicios del siglo veintiuno. Así, por ejemplo, en la reunión de la Séptima Cumbre de las Américas (2015) el presidente ecuatoriano Rafael Correa aseguró que había llegado la hora de la “segunda y definitiva independencia”³. Con ello sugería un trato diferente con los Estados Unidos, ya no regido por la dominación, y una política general de “equidad para la prosperidad”. Con menor decisión que en el chavismo, en Correa esa independencia encuentra a veces algunas referencias al socialismo. No está de ninguna manera claro cómo se vincularía ese objetivo lejano con la “revolución ciudadana” propagandizada por el propio presidente ecuatoriano. Otra pareció ser la experiencia venezolana hasta el fallecimiento de Chávez. La prematura declaración de un “socialismo del siglo veintiuno” descansaba demasiado en el Estado petrolero y, además de las propias falencias de la burocratización en esa manera de entender la construcción socialista, quedó a merced de los vaivenes de los precios internacionales del crudo (aunque debe decirse que el chavismo no se agota en una explicación solo desde arriba, tal como quedó demostrado en la respuesta popular al golpe de Estado de 2002). Luego de la muerte de Chávez, la clausura del kirchnerismo en Argentina, el *impeachment* de Rousseff en Brasil, y la sobrevida de los gobiernos “progresistas” en Bolivia y Ecuador, el horizonte *regional* de la convocatoria de Correa fue perdiendo nitidez.

Una versión argentina y moderada del uso del término “segunda” o “nueva” independencia fue lanzada desde el *think thank* kirchnerista conducido por el filósofo Ricardo Forster en la extinta Coordinación Estratégica del Pensamiento Nacional: la *primera* independencia de 1816 sería sobrepujada por la *segunda* advenida en 2003.⁴ Por supuesto, en esa utilización la independencia adquiriría su énfasis “liberador” como sinónimo de reconstrucción del capitalismo neodesarrollista y una dominación estatal virtuosa garantizada por un liderazgo benefactor.

En la situación argentina encontramos otra variante, bien diferente de la que acabo de señalar, de naturaleza clasista-obrerista-socialista, en la que se subraya la crítica marxista del capitalismo. En ese sentido, la consigna aquí analizada puede ser utilizada para destacar las dimensiones anti-imperialistas de, por ejemplo, el tema de la deuda externa. Ese uso puede ser hallado en publicaciones argentinas de la agrupación Izquierda Socialista.⁵ No es un caso raro, pues la idea de una segunda independencia se encuentra en publicaciones recientes de otros sectores trotskistas o filotrotskistas como el Movimiento Socialista de los Trabaja-

³ Ver <http://www.albamovimientos.org/2015/04/correa-llego-la-hora-de-la-segunda-y-definitiva-independencia-de-nuestra-america/> (abril de 2015).

⁴ Ver <http://www.cultura.gob.ar/noticias/comenzo-el-foro-nacional-y-latinoamericano-por-una-nueva-independencia/> (2015).

⁵ Ver http://izquierdasocialista.org.ar/publicaciones/revista_deuda.externa.pdf (2010).

dores, el Partido Socialista de Trabajadores Unificado, o maoístas como el Partido Comunista Revolucionario.⁶

En lo que respecta a la línea principal de las izquierdas argentinas actuales, cuyo lugar está refrendado por la institucionalidad de un frente electoral (el FIT: Frente de Izquierda y de los Trabajadores), no se observa una preocupación hacia el bicentenario que exceda la inmediatez político-económica.⁷ Con todo, más allá del éxito con que la legislación electoral ha conseguido formatear a esas izquierdas (por caso construyendo una alianza de sectores trostkistas), hay un rasgo conceptual que lo aleja de cualquier adhesión a la consigna: su definido internacionalismo fundado en una noción de revolución obrera ante la cual toda variación nacional constituye un desvío. Eso es válido para quienes no participan necesariamente del FIT pero comparten su cultura política. Así las cosas, el Movimiento al Socialismo criticó las apelaciones de 2010 en las variantes de izquierda sobre la “segunda y definitiva” al reivindicar que la consigna debía ordenarse alrededor del lema de la revolución obrera y socialista.⁸ Ahora bien, lo extraordinario del caso es que esa izquierda que podemos llamar sin intención irónica “tradicional” –una calificación que en numerosos casos es adoptada por ella misma con orgullo– comparte los supuestos de otra izquierda, que se quiso en los últimos tres lustros una “nueva izquierda”, también atraída por la consigna aquí examinada: el anti-imperialismo, un convencimiento ampliamente compartido por la izquierda argentina en casi todas sus variantes.

A la luz del uso político vigente en la coyuntura actual, la discusión precedente puede parecer un tanto superflua. En efecto, podría suceder algo nada raro en la retórica ideológica y política: las palabras no corresponden con un sentido fijado de antemano; la significación se imposta en el uso, en la práctica. En consecuencia, “la segunda y definitiva” podría ser un soporte adecuado para “cargarlo” con un sentido de liberación latinoamericana pero no fundamentalista, sino con un alcance plural de hegemonía antisistémica donde confluyeran estrategias socialistas, feministas, ecologistas, o particularidades nacionales, abiertas y aptas para incorporar otras aspiraciones emancipatorias. Sería entonces lo que Roland Barthes llamó, y luego Ernesto Laclau hizo célebre, un “significante vacío”: una huella material (un término, un nombre) viable para ser redefinido pragmáticamente en su “significado” (Barthes, 1989). Eso, antes que una metafísica del sentido, habilitaría una política de la nominación. Lo “real” no está dado, es refigurado por la voluntad política que le imprime un trazo nítido a un maderamen de significación inestable y precario, pero por eso mismo plástico. El ejemplo clásico al respecto –nutriente de la imaginación teórica de Laclau y de todo el abanico que

⁶ Ver <http://as.mst.org.ar/2015/05/13/25-de-mayo-de-2015-los-ideales-de-mayo-la-segunda-independencia/>; <http://www.pstu.com.ar/malvinas-y-la-lucha-por-la-segunda-independencia/> (2015).

⁷ En las publicaciones periódicas del Partido de los Trabajadores Socialistas se pueden hallar textos referidos a la imagen histórica de la Revolución de Mayo y posiblemente se encuentren posturas sobre el bicentenario de la independencia.

⁸ Ver http://www.mas.org.ar/periodicos_2010/per_171_al_180/per_177/100527_05_bicentenarioengro.htm (2010).

va de la izquierda nacional a la izquierda peronista— es que el significante “Perón” puede ser reconducido a metas diferentes a las establecidas por el propio Juan Domingo. La calificación de Perón como un “líder burgués” en la izquierda era para esa idea una simplificación reveladora de una falta de sofisticación.

Así, la opacidad destacada en el término aquí analizado no sería un obstáculo para su utilidad, sino todo lo contrario. Es decir, la fluidez de su sentido habilitaría investirlo de caracteres emancipatorios, liberadores o revolucionarios (según los matices de la vocación política que la insufla) con capacidad de dialogar con las perspectivas de izquierda en el subcontinente latinoamericano. Más importante aún: autorizaría un diálogo productivo con las culturas populares que comprenden bien ese lenguaje y excedería las críticas políticas meramente externas. Ello no entrañaría un seguidismo de las ideologías vigentes sino el comienzo de una conversación transformadora.

Reconozco que es una posibilidad muy tentadora. Tiene la virtud de desplazarse del lugar de aguafiestas conceptuales o intelectualizaciones demasiado restringidas, aptas para minorías presuntamente “selectas”, autoproclamadas “vanguardistas” o “críticas”. En cambio nos lanzaría a una vertiginosa historia cultural latinoamericana o nuestroamericana plena de sujetos y procesos de resistencia, organización y revolución, de Túpac Amaru a Bolívar, de Martí al Che Guevara, de Sandino al zapatismo, de Juana Azurduy a Chávez, de Mariátegui a Agustín Tosco, etcétera. Con ese expediente la propuesta de la izquierda deja de ser abstracta, es decir, de estar separada de las creencias compartidas. Por el contrario, se inscribiría en un pasado común, y recortaría en él los momentos útiles para la construcción de una voluntad colectiva tendiente a crear una nueva realidad. Ya no como “utopía”, como deseo particular, sino como promesa incumplida desde el pasado, en una senda donde se depositarían los legados de antepasados derrotados.

La mayor dificultad con la disponibilidad atribuida a la consigna es que pretende neutralizar imaginariamente, es decir, con un ensalmo que coagula numerosas premisas precríticas en las izquierdas (la más importante es el anti-imperialismo), la ausencia de una orientación política general de “reforma intelectual y moral” hacia la reconstrucción de una estrategia de transformación social. Y eso es justamente lo que no está claro, y no lo está en particular en la coyuntura contemporánea donde asistimos al agotamiento de los “gobiernos progresistas” en América del Sur, varios de los cuales se plantearon como superadores de variantes previas de la política de izquierdas.

Lo que aquí interesa es el modo en que se produjo el cierre del ciclo “progresista”. Si bien existen dimensiones políticas y culturales en las cuales es preciso reconocer una dosis elevada de contingencia, el agotamiento avanzó a través de las contradicciones características de los procesos de desarrollo mercado-internistas basados en estructuras productivas dinamizadas por la exportación primaria. En ningún caso se encararon transformaciones profundas de las orientaciones productivas heredadas del neoliberalismo, en la reforma de sistemas fiscales regresivos y en la eliminación decisiva de la pobreza. Más bien, se operó una

redistribución de los saldos obtenidos del extractivismo. Y las limitaciones que durante algunos años habían sido revestidas de éxito se manifestaron cruelmente una vez que disminuyó el maná del mercado mundial. La reducción de precios internacionales no fue la única mala noticia. Otra provino de la evolución interna de los regímenes de acumulación: el propio triunfo generó en el mediano plazo una composición ineficiente de la economía interna, inflación y fuga de capitales, problemas energéticos y de infraestructura, el agotamiento veloz de una expansión industrial que se atoró tan pronto alcanzó el límite de la utilización de la capacidad instalada preexistente, y una caída de la competitividad de la producción general. El Estado perdió racionalidad y promovió medidas desarticuladas, remiendos y cepos con escaso rédito.

En el corazón de este fin de ciclo es que debe situarse la insuficiencia de una consigna de la segunda y definitiva independencia que se escinda del proyecto socialista apelando al imaginario del nacionalismo defensivo y el anti-imperialismo nuestroamericanista de corte estatal y populista. En efecto, la idea de una “definitiva independencia” pertenece a un periodo previo de la evolución del capital, en el que su progresión en el proceso de subsunción a la lógica anónima e incesante de la ganancia encontró su continente formativo en los Estados-naciones. Es importante enfatizar que el despliegue del dominio social capitalista requirió de la forma Estado-nación para crear las condiciones de su imposición. En América Latina el proyecto nacional fue uno solo con el proyecto capitalista. A tal punto que ello podía generar una reacción de temprano “anti-imperialismo” desde un marco político perfectamente “oligárquico” (Terán, 1981). Y cuando la modalidad de inserción en el mundo mercantil en términos de división internacional del trabajo reveló sus problemas hacia 1930, fue otra vez el nacionalismo el que proveyó la matriz de una reconversión capitalista para ajustar el sistema existente, pero en crisis, a una nueva fórmula: fue el comienzo de los movimientos y programas nacional-populares que cubrieron el periodo 1930-1980.

Sin embargo, el nacionalismo “popular” fue desigualmente exitoso, y hacia 1970-1980 reveló profundas grietas y comenzó una transición hacia el neoliberalismo, que también mancomunó a toda América Latina. Un drama político-cultural de magnitud fue el que esa mutación ideológica requiriera de apoyo popular, y fuera realizado en formaciones populistas como el Partido Justicialista en la Argentina, el Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia, la Acción Democrática en Venezuela y el Partido de la Revolución Institucional en México. Por razones que no sorprenden, pues si estas enormes tendencias abrazan al subcontinente latinoamericano es porque son expresiones de necesidades objetivas del capitalismo en la región, de las cuales participan lateralmente las intenciones, ideas y proyectos humanos.

No está claro que ese periodo iniciado hacia 1980 se haya cerrado completamente. Eso se creía en el ciclo de los “gobiernos progresistas”, pero ahora vemos que sin negar las novedades ocurridas hubo importantísimos legados y continuidades que impedían una ruptura significativa. El extractivismo y el neo-desarrollismo son formas de superación del neoliberalismo que preservan sus

estructuras de fondo y que no pueden alterar las lógicas sociales que lo caracterizan. Un ejemplo es la ya referida supeditación de la industrialización interna a la exportación de bienes primarios o solo parcialmente elaborados. El otro es la perseverancia de un zócalo de pobreza sedimentada y el abandono del objetivo de una economía de pleno empleo. De allí que la “definitiva independencia” se torne crecientemente anacrónica en tiempos de devenir mundo del capital, de globalización.

CONCLUSIONES

En lo que interesa a la coyuntura cultural planteada por el bicentenario de la declaración de la independencia, la fórmula accesible para la inmensa mayoría de las izquierdas –la de una “segunda y definitiva independencia”– está perimida. Raymond Williams (1980) propuso alguna vez distinguir entre formas culturales “dominantes”, “emergentes” y “residuales”. Las dominantes tienen un anclaje en el presente, las emergentes son balbuceantes pero tienden a proponer un vector hacia el futuro, mientras las residuales pertenecen a un momento histórico pretérito. Esto no significa que las formas residuales sean irrelevantes: pueden ser investidas con sentidos nuevos, en usos inéditos, y coexistir con las emergentes o las dominantes. Pues bien, creo que si la consigna aquí rastreada pudo ser una formación residual capaz de hallar alguna vigencia de porvenir durante el ciclo de “gobiernos progresistas”, el declive de ese ciclo revela las limitaciones de toda aspiración a constituir espacios capitalistas independientes y autónomos en el contexto del orden global del capital. Sin duda ello no entraña que las formas nacionales sean irrelevantes. Destaca más bien el desplazamiento de los términos vigentes durante buena parte de los siglos diecinueve y veinte.

La noción misma de “independencia” es un dispositivo forjado por la era nacionalista del capital, cuando tuvo que constituirse en mercado interno, conciencia colectiva y legitimidad estatal. La búsqueda de independencias o liberaciones nacionales son más utópicas que el cuestionamiento del dominio capitalista. En estos tiempos de derrota, en momentos prolongados de reconstrucción de la izquierda, conviene no avivar el fuego de los propios extravíos al remozar nociones engañosas como las de una “segunda y definitiva independencia” para cortar camino en la crisis estratégica del proyecto socialista.

Es igualmente perjudicial incurrir en el error opuesto, a saber, el de postular un universalismo verbal, donde la noción de revolución promete una eclosión palingenésica que resolverá los desafíos de la emancipación con un tajo abismal. El corolario para lo que aquí se discute es que tampoco es útil un internacionalismo abstracto.

Recién entonces, al compulsar la historia lejana y la reciente de las experiencias de izquierdas, podemos realizar el camino inverso del que la figura de la “segunda y definitiva independencia” plantea mal: el de conciliar la crítica general del capitalismo con las situaciones locales, nacionales y regionales don-

de se torna comprensible una acción política real. Entonces también se habilita el espacio para generar un enfoque “nacional-popular” ya no capturado en las formas ideológicas del nacionalismo propio de una etapa de formación de los Estados-nacionales sino en la formación de alianzas desde abajo que disputen el sentido de la revolución y la independencia, los términos que los bicentenarios ponen en la palestra.

Por eso cimentar, antes que forjar un refugio en la distancia olímpica del internacionalismo abstracto, la actitud de izquierdas respecto del bicentenario de la independencia puede ser una oportunidad para volver a pensar estratégicamente en estos tiempos de crisis y reconstrucción. Como (pero en contra de) las formas del capital, las izquierdas deben actuar a la vez en múltiples escalas, de la menor a la mayor pues todas son decisivas. Por eso esta exploración del camino dudoso de la segunda y definitiva independencia no pretende impugnarla sin beneficio de inventario. Sirvan estas páginas para captar las complejidades que siguió una consigna de “segunda y definitiva independencia” en la siempre viva historia argentina y latinoamericana.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ACHA, Omar, “El bicentenario y las incertidumbres culturales de la izquierda”, *Herramienta Web*, n.º 6, setiembre de 2010, <http://www.herramienta.com.ar/revista-web/herramienta-web-6>.
- BARTHES, Roland, *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1989 (ed. fr. 1957).
- GARCÍA MORAL, María Elena, “Entre Mayo y Julio: las conmemoraciones sesquicentennarias, las izquierdas y la Historia”, en Pagano, Nora y Rodríguez, Martha (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2015.
- DIEZ GÓMEZ, Adolfo, *La segunda independencia*, Buenos Aires, Codex, 1948.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto, *Pensamiento de nuestra América. Autorreflexiones y propuestas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.
- INGENIEROS, José, “Por la Unión Latino Americana”, *Revista de Filosofía*, año 8, n.º 4, 1925.
- MARTÍ, José, “Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias”, *La Nación*, 2 de noviembre de 1889; reproducido en Martí, J., *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2005.
- PALACIOS, Alfredo L., *Nuestra América y el imperialismo*, Buenos Aires, Palestra, 1961.
- SANTUCHO, Mario Roberto, *Poder burgués y poder revolucionario*, Buenos Aires, El Combatiente, 1974.
- ROIG, Arturo Andrés, “Necesidad de una Segunda Independencia”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Maracaibo, año 7, n.º 19, diciembre de 2002; reescritura en “Necesidad de una segunda independencia”, Biagini, Hugo E. y Roig, A. A. (comps.), *América*

Latina hacia su segunda independencia. Memoria y autoafirmación, Buenos Aires, Aguilar, 2007.

TERÁN, Oscar, “El primer antimperialismo latinoamericano”, *Punto de Vista*, n.º 12, 1981.

WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.